

SOCIALISMO AFRICANO

Judex.

Entre los acontecimientos más extraordinario que ha tocado presenciar a la generación actual deberá ser incluido como uno de los más importantes el despertar del continente negro de su postración letárgica de siglos y su incorporación a la vida política y social del resto del mundo. Es evidente que la marcha de este se va a ver condicionada en gran manera por la actitud que adopten esos pueblos jóvenes y por las soluciones que aporten a los problemas que el llamado "mundo occidental" (también en crisis y en un período histórico de transición) se esfuerza en resolver. Hoy sería suicida el pretender ignorar este hecho y pensar que el mundo blanco podrá subsistir, si continúa su camino de mayor o menor "aislacionismo" frente a esta actualísima realidad. Los EE. UU. se esfuerzan por recuperar el tiempo perdido, integrando a sus crecientes masas de color en la vida nacional. La ONU cuenta ya entre sus miembros con un número cada día creciente de representantes de naciones africanas. No está lejos el día en el que una Confederación de pueblos africanos, echando en la balanza de bloques organizados el peso de sus 250 millones de habitantes, pueda decidir la suerte del mundo.

Hasta ahora a los latinoamericanos, no nos ha preocupado gran cosa lo que pueda suceder en Africa, un continente tan lejano de nuestras costas, ni las poco numerosas minorías de color que conviven con nosotros han supuesto ningún conflicto de orden racial, integradas —como lo están en nuestros países—, de un modo mucho más perfecto que en el Norte. Esta consideración vale del mismo Brasil, que es la nación iberoamericana que cuenta con un mayor contingente de "oscurinhos" como allí se les llama cariñosamente. Hoy, sin embargo, necesitamos estar al tanto de lo que allí ocurre, y ningún acontecer, sea donde sea, puede dejarnos indiferentes.

El socialismo africano es uno de ellos. No hay líder africano, especialmente a partir de la independencia, que no hable de "socialismo africano", de "camino africano del socialismo". En los discursos oficiales, en los planes económicos, en los esfuerzos para mejorar el nivel de vida de sus poblaciones, abundan las expresiones tomadas del marxismo. De un marxismo que no se admite, con todo, íntegramente y que acaso atemperado por la idiosincrasia de estas razas y aplicado con un sentido cristiano por algunos de sus políticos, pueda ayudar a su desarrollo armónico, sin caer en los extremismos asiáticos de rusos y chinos.

Esto es lo que piensan algunos escritores, expertos en asuntos africanos, como el sacerdote comboniano Nazareno Contran, cuyas ideas reproducimos a continuación. (1)

Son muchas las cuestiones que plantea el tema del socialismo africano. ¿Cómo ha nacido? ¿Qué pretende? ¿Está justificado hablar de "camino africano del socialismo"? ¿Hasta qué punto son marxistas los jefes africanos?

Procuraremos responder a cada una de tales preguntas. Es un hecho que las "élites" africanas se expresan actualmente —y con desenvoltura— en términos que recuerdan en todo momento el "Capital" de Marx o los escritos de Engels y Lenin.

Es un hecho que nos explica Senghor: "Las 'élites' negro-africanas de lengua francesa se han formado todas en el período entre las dos guerras, modelándose según el cuño del espíritu francés: racionalista, con visos de positivismo".

(1) Con objeto de que el lector pueda entender mejor las frecuentes alusiones que se hacen en este escrito al líder africano Leopoldo Sedar Senghor, diremos aquí que se trata de un notable educador, escritor y político senegalés, Jefe del partido "Unión Progresista Senegalesa", presidente de la República de Senegal en 1960 y en la actualidad Premier de su gobierno. Véase: "Mundo Negro", Mayo 1964, págs. 25 y sigs.

Lo cual vale también para elementos de lengua no francesa, al menos en cierta medida.

Ya en 1922 había soñado Lenin con extender la noción de "proletariado" a los pueblos colonizados... El interés comunista por los negros americanos, el tinte racista de los fascismos europeos, el naciente nacionalismo y el anticolonialismo que hacía su primera aparición, contribuyeron, ciertamente, a orientar a los jóvenes negros hacia una u otra forma de marxismo.

Hoy, en ciertos aspectos, la situación ha cambiado. Hace poco se llevó a cabo en Francia una encuesta entre estudiantes africanos. A la pregunta: "¿Cuáles son los escritores que más han contribuido a tu formación general?", la mayoría respondió citando a los corifeos de la revolución del escepticismo o del materialismo. Casi todos habían leído a Rousseau; luego, por orden descendente, a Marx, Lenin, Voltaire, Montesquieu, Mao, Stalin y Engels. Los líderes africanos actuales (cosa que tal vez suceda también con los venideros) han aprendido el socialismo —mejor dicho, el marxismo— en las escuelas europeas.

Las circunstancias hicieron que no lo hayan recibido en su estado puro. Claro que tampoco el socialismo europeo tuvo nunca una faz única, incontaminada.

El socialismo en Africa se da hoy por descontado. Sus postulados, las perspectivas que abre para la sociedad del mañana, las esperanzas que ofrece y los compromisos que exige son patrimonio de todos los responsables. Sus aplicaciones podrán ser drásticas en el Malí y suaves en Chad. Pero es claro que el futuro de Africa, según la convicción de muchos, se halla en el camino socialista. Los jefes africanos se vuelven al socialismo, como se ve en la fórmula cooperativista dictadas por Mamadou Dia, en las expresiones discretamente revolucionarias de Sekoy Touré o en las pretensiones cósmicas de Senghor. "El socialismo africano está destinado a resolver los problemas específicos —sociales, políticos y económicos— que Africa tiene planteados", escribe el marxista sudafricano Joe Molefi.

Nacimiento.

El término "socialismo africano" comenzó a hacer mella en virtud de un acto de confianza que publicó Senghor allá por 1948 en el órgano oficial del socialismo francés "La Revue Socialiste"; lo titulaba "Marxismo y humanismo". Una profesión de fe que la misma palabra "humanismo" revelaba como no incondicional ni absoluta.

Prueba de ello fue la salida del líder senegalés de la S.F.I.O. (Sección Francesa de la Internacional Obrera). Senghor luchaba por algo nuevo, por un socialismo africano de orientación no anticlerical, un socialismo de "creyentes", cristianos y musulmanes. En el negro profesor de instituto bullían las largas lecturas marxistas, el descubrimiento del jesuita Teilhard de Chardin, los contactos con el dominico padre Lebreton, el sueño de la "négritude", la admiración por Europa. Todo esto le orientaba hacia una madurez que le hacía concluir: "Ha llegado el momento de examinarlo (el marxismo) con ojo crítico". Una idea alimentada en él por la filosofía, la poesía y la política y que le condujo a una especie de mística, a una visión compleja y sublime de la promoción del negro africano.

La fórmula senghoriana del socialismo africano no fue recibida con universal aplauso. Definieron su socialismo como "gogo", un socialismo de titeres. Algunos dijeron que convendría hablar no de socialismo africano, sino, más bien, de "socialismo en Africa". No faltó quien lo considerara una exageración: Senghor volvía a tomarla con su "manía de negritud", con la diferencia de que ahora veía "rojo" en todas partes, como en todas partes había visto antes "negro".

Se necesitó un Congreso sobre las "políticas de desarrollo y los diversos caminos africanos hacia el socialismo" para revelar la trayectoria recorrida por aquella levadura. Nos referimos a las conversaciones celebradas en Dakar del 3 al 8 de diciembre de 1962, con asistencia de las delegaciones de dieciocho estados africanos y de numerosos representantes de las corrientes socialistas del continente negro. Todos se declararon partidarios del socialismo.

Con razón afirmó Leon Hamon en aquella coyuntura que "al socialismo en Africa le sucede lo que sucedió a la democracia en Europa: que todos se declararon socialistas". Senegaleses, nigerianos, congoleños, tunecinos, malianos, malgaches: todos dijeron que creían firmemente en el socialismo y en su necesidad para el Africa de hoy.

Motivos.

¿De dónde procede esa simpatía por el socialismo? Hemos aludido al influjo de las doctrinas europeas. Sería necio responder dividiendo un cabello en dos. Las doctrinas socialistas africanas —nacidas, por regla general, después de la independencia— no han alcanzado todavía la meta de la claridad y se hallan en proceso de evolución. Su aplicación apenas si ha comenzado, y sería prematuro pretender recoger sus frutos.

Se considera el socialismo como un "desahogo". Existe la idea de que Africa podrá sustraerse a la esclavitud capitalista y colonialista en la medida en que sea socialista. Es convicción común que el imperialismo se resiste a morir. "Aunque vencido políticamente —y tal vez jurídicamente—, no ha perdido nada con la independencia africana. Sigue siendo el amo de nuestra producción gracias a su superioridad técnica", (Aimé Dia Kanua, "Jeune Afrique").

¿Nos ha liberado la independencia del colonialismo? Sólo el socialismo nos curará de esa enfermedad que es el subdesarrollo y nos proporcionará los instrumentos idóneos para edificar comunidades nacionales modernas. Tal es la nota dominante en el concierto africano sobre el tema "socialismo". El socialismo será el paso obligado hacia el mundo del mañana: no hay otro camino para mantenerse a igual distancia del capitalismo egoísta y del comunismo opresor. Es el camino del medio. "Condenando al capitalismo y al comunismo, los trabajadores africanos se han lanzado por un tercer camino. Es, probablemente, el camino que conducirá al equilibrio del mundo."

No se crea que nos hallamos ante un socialismo atenuado por un enfoque sentimentalista o ante un juego de equilibrio hecho de astucia y diplomacia. Existe una gran certeza en la bondad del método marxista, se alberga la esperanza de alcanzar un discreto nivel económico. Rusia, China, Israel, con sus esquemas riguro-

sos, calculados, donde nada parece dejado al azar, a la improvisación o a la fantasía, entusiasman a los responsables de la administración africana. Los africanos se quedan con la boca abierta al oír que en China sólo hay dos días de descanso al mes y cinco al comienzo del año, que está prohibido el juego, que no hay vacaciones, que todos trabajan para el pueblo. Y China empezó pobre, como pobre ha empezado Africa; en China la mayoría está compuesta de campesinos (500 millones), como en Africa. "El socialismo africano se presenta en el momento actual como el único camino que podemos recorrer razonablemente si queremos conseguir el desarrollo eficaz y progresivo de los pueblos africanos y la puesta en marcha de su economía" (Robert Buron).

No se trata, sin embargo, de un plagio sin inventiva. Los africanos se complacen en repetir que quieren "un socialismo africano", "un socialismo a la africana", "un marxismo africano".

Fórmulas que expresan el inmenso deseo de crear una sociedad con todos los carismas de la originalidad, con matices propios, capaz de una síntesis nueva. Dice Senghor: "Se trata de liberar al espíritu de las banales costumbres con que lo tienen aprisionado las escuelas, entre ellas la del marxismo dogmático, para desarrollar al mismo tiempo las fuerzas productivas. El socialismo es un espíritu perpetuo de búsqueda y libertad, es una educación que hemos de rehacer".

Críticas.

Si no admite discusión el atractivo que ejerce el marxismo sobre los ánimos de los líderes africanos de cualquier tendencia religiosa e ideológica, no son menos evidentes las reservas con que lo reciben. Senghor enumera los motivos por los que no acepta a Marx con los ojos cerrados:

—El "Socialismo científico" de Marx y Engels no lo podíamos aceptar sin más, como han hecho muchos intelectuales africanos. Los conocimientos de Marx y Engels estaban en función de sus tiempos, es decir, en función del progreso de las ciencias y de la filosofía de entonces, y eran, por tanto, limitados. "No nos cansaremos de repetir que el materialismo dialéctico nació de la historia y de la geografía, nació en la Europa occidental, a mediados del siglo XIX".

La segunda razón es el determinismo de la doctrina marxista. "Hoy, en cambio, en el fondo de todas las cosas hallamos lo "discontinuo" e "indeterminado" en nuestras investigaciones más minuciosas, avanzadas y emocionantes".

La tercera razón que nos lleva a no aceptar el "socialismo científico" sin más, es que el negro africano tiene un sistema de conocimiento muy suyo, originalísimo, sintético, intuitivo,

emocional, una comprensión de las cosas íntima y participada, muy distante de cualquier vivisección científica que se relacione con el positivismo. La razón europea es analítica; la razón africana es intuitiva.

Senghor dirá también: "Nuestro socialismo no puede ser exactamente el de Marx o de Engels, elaborado hace cien años según los métodos científicos y las circunstancias del siglo XIX en la Europa occidental".

El dirigente malgache Rabemanjara ha llegado hasta el punto de discutir a Marx su "originalidad", al menos en algún aspecto. "La vida comunitaria, esa forma de socialismo, nosotros la hemos conocido antes de que Marx naciera". "El africano no es comunista, sino comunitario en su pensamiento y en su vida" (Nyerere).

En el plano histórico, algún africano ha llegado a culpar al socialismo europeo de haberse lucrado a costa de Africa. La colonización, en efecto, no enriqueció mucho más a la burguesía capitalista europea que a las clases medias y proletarias. Los trabajadores europeos vieron elevarse su nivel de vida gracias a las materias primas procedentes de Africa a precios irrisorios.

Con el paso del tiempo, la bondad del marxismo se ha ido demostrando más bien postiza, al tiempo que aumentaban los reparos contra el mismo. Todos alaban en Marx el método de análisis socio-económico, pero no lo consideran transportable a Africa sin considerables recortes. Los africanos se inclinan por un socialismo de tipo pragmático e ideal al mismo tiempo, reformista y humano. Y han llegado —como escribe Michel Corpierre— a despojar literalmente al bolchevismo, tomando sus métodos, pero rechazando su estructura ideológica. Tal ha sido, por ejemplo, el caso del partido senegalés "Rassemblement Démocratique Africain", que, tras haberse sostenido a base de la técnica y la sustancia marxista, ha repudiado su mística de la agitación.

Sienta cátedra en este aspecto, la afirmación de Burguiba: "Porque lo que yo busco es la eficacia". Los africanos no pretenden resolver sus dificultades a fuerza de golpes dictatoriales. "Nosotros nos negamos a discutir dogmáticamente y a confrontar las ventajas del sistema capitalismo con el comunista o socialista" (Mohamed Al-Moktar Marouf, Mauritania).

Reparos.

Quizá alguien podría considerar, por lo menos, ilógico semejante manera de proceder. En Dakar y en otros lugares han expresado repetidamente los líderes africanos sus reservas sobre el marxismo.

El ateísmo. "En el "socialismo científico" no todo debe ser asumido, especialmente el materialismo ateo, no digo ya el materialismo dialéctico. Porque la mayor contradicción es la de

presentarse como una ciencia, cuando —a pesar de que lo niegue— está sostenido por una ética" (Senghor).

El socialismo africano afirma clara y taxativamente que pretende asumir todos los componentes del hombre y que no está dispuesto a rechazarlos en virtud de una doctrina aplicable a toda costa. El hombre africano que tiene hambre es también religioso. "Sin renegar de nuestro pasado ni de nuestras más antiguas tradiciones, a las que tan tenazmente estamos apegados, permaneceremos fieles a los valores humanos y espirituales que hemos recibido de Occidente y que se han convertido en la esencia misma de nuestra civilización (Tsiranana, Presidente de Madagascar, 1960).

"Su debilidad (la del humanismo marxista) reside... en su metafísica terriblemente inhumana: una metafísica atea en que se sacrifica el espíritu a la materia, la libertad a lo indeterminado, el hombre a las cosas..."

Ante ese humanismo deshumanizado, ante ese subjetivismo determinista, que es exactamente la negación de lo concreto, ¿cuál habrá de ser nuestra actitud de negro-africanos?" (Senghor).

La diversidad de las situaciones. Fijémonos en la lucha de clases. El pensamiento socialista africano la niega y duda que tenga la incoercibilidad que le atribuye el marxismo en la historia de la humanidad. No sólo porque la estratificación social en África no tiene analogías con la europea, sino porque en África no existe la misma distinción de clases. "En contra de Carlos Marx, nosotros no creemos en la necesidad de la lucha de clases. No queremos dividir a la nación tunecina en clases antagónicas. Carlos Marx era el testigo y el pensador de una época. Analizó una situación y propuso unas soluciones. A situaciones diversas damos nosotros un análisis y unas soluciones diversas" (Burguiba, 1963).

¿Dictadura del proletariado? No nos hagáis reír, parecen responder muchos africanos. "Se reduce a llenar la boca con una simple fórmula. Para hablar como Marx tendría que haber entre nosotros un proletariado y un capitalismo en guerra. Pero en nuestra sociedad no hay clases en estado de guerra, sino a lo sumo grupos sociales que luchan por alcanzar cierta influencia. En el África negra los funcionarios y los empleados son burgueses en comparación con los campesinos, pastores, pescadores y artesanos. Es un engaño incluir a los primeros bajo la denominación de proletarios" (Senghor).

El punto de arranque es distinto. Véase, por ejemplo, el problema de las necesidades. El socialismo europeo reclamó una justa distribución de riqueza. En África hay muy poco que distribuir. En cambio, hay que construir y crear. Y dígame lo mismo del poder. Los socialistas de Europa reclamaron un nuevo tipo de Estado. Pero gozaban de una posición de favor, dado

que existía un Estado sobre el que operar el cambio. En África el Estado es tan frágil que someterle a una cura demasiado enérgica podría significar su muerte. En Europa el socialismo halló en la industria su terreno ideal. En África se intenta dar precedencia a la agricultura, hasta el punto de que, por ejemplo, Kouyate, exponente del Mafí, sostiene que la industria deberá ser, al menos en un primer momento, un factor complementario.

Hay, por último, una intención distinta. Podríamos decir que más amplia en África. Los africanos miran hacia arriba. Asocian la idea de socialismo a la de libertad; consideran el socialismo como el elemento que puede ayudar a la barca africana a navegar unida, comunitaria como siempre lo ha sido, entre los escollos del progreso. El marxismo genuino proporciona quizá tan sólo la liberación de la necesidad, pero no satisface la necesidad de libertad.

Flirteando con el marxismo, sueñan con llevarlo al cauce africano. El vicescanciller de la Universidad de Ifé se pregunta: "¿Es esto socialismo? Tal vez no, para Marx y Engels; pero estamos de acuerdo con el Presidente Senghor cuando afirma que hemos de inventar nuestro tipo específico de socialismo o, mejor dicho aún, ofrecer una aportación africana concreta y sería al concepto general de socialismo".

Reacciones.

¿Cómo reciben los marxistas ortodoxos una doctrina tan retocada? Es reciente la discusión mantenida entre el africanista ruso Potekhin y el diario negro americano "Africa Today" sobre la respuesta que debe darse a la cuestión. "No es posible —escribía Potekhin—; no puede haber sino una forma de sociedad socialista, la que describieron Marx y Lenin, y la teoría científica elaborada por Marx y Lenin. No puede haber un socialismo cooperativo, ni un socialismo yugoslavo, ni un socialismo africano, y así sucesivamente".

No menos violenta fue la reacción del comunismo francés ante las expresiones, hoy convertidas en dogma, de Senghor. El P. A. I. (Partido Africano de Independencia), compuesto por dóciles marxistas senegaleses, ha dicho que "Senghor y los protagonistas del socialismo africano creen poder emplear su teoría para intoxicar a la clase obrera africana y a la masa de los trabajadores, para retrasar la realización de una conciencia de clase, entorpeciendo así el desarrollo del único socialismo auténtico, el socialismo marxista-leninista". Es lógico que los ataques más concretos vayan dirigidos contra el socialismo senegalés, ya que ha sabido superar, mejor que los demás socialismos africanos, el marxismo, sumándose a las aspiraciones de espiritualidad y fraternidad propias del ser humano.